

La Euforia le saturó el alma y la imagen de ella en el aire le cautivó la mente. Cargó con el peso de ella todo lo que pudo, hasta quedar casi inconsciente y al borde del éxtasis absoluto. Cerró los ojos por un instante. La tentación de seguir en busca del máximo de placer era intensa, pero conocía los peligros de adentrarse demasiado por ese sendero espeluznante. Si se excedía, no podría regresar. Aun así, no pudo resistirse.

Con la cuerda ajustada alrededor de la garganta, enfocó los ojos entrecerrados en la víctima que tenía enfrente. La cuerda se ajustó aún más, oprimiéndole la carótida y enturbiándole la visión. Cerró los ojos y se dejó ir momentáneamente hacia la oscuridad. Solo un instante más. Un segundo más.

LAS CONSECUENCIAS

Chicago, 9 de agosto de 1979

VOLVIÓ AL PRESENTE, BOQUEANDO, PERO el aire no entraba en sus pulmones. Presa de pánico, buscó con el pie el borde de la banqueta hasta que pudo apoyar los dedos sobre la superficie plana de madera. Se afirmó sobre ella, alivió la presión alrededor de su cuello y aspiró grandes bocanadas de aire mientras su víctima caía frente a él. Las piernas ya no la sostenían. Se desmoronó en el suelo y el peso de su cuerpo jaló del extremo de la cuerda del lado de él, hasta que el grueso nudo de seguridad se atascó en la polea de ese lado, manteniendo el lazo flojo alrededor de su cuello.

Se quitó el lazo y esperó unos minutos a que el enrojecimiento de la piel se aplacara. Se dio cuenta de que había ido demasiado lejos esta vez. A pesar del protector de goma espuma que llevaba puesto alrededor del cuello, tendría que buscar la forma de ocultar las marcas violáceas que se le habían hecho. Debía ser más cuidadoso que nunca. El público había comenzado a entender la situación. Habían aparecido artículos en los periódicos. Las autoridades habían emitido advertencias y el miedo comenzaba a permear el aire de verano. Desde que la gente había comenzado a tomar conciencia de los hechos, él se había mostrado cuidadoso en la persecución y meticuloso en los planes; era preciso cubrirse y no dejar rastros. Había encontrado el lugar ideal para ocultar

los cuerpos. Pero controlar La Euforia era más difícil y temía ser incapaz de disimular la adrenalina que lo embargaba en los días subsiguientes a las sesiones. Lo más inteligente sería suspender todo, mantener un perfil bajo y aguardar a que se calmaran las aguas. Pero le resultaba imposible suprimir la necesidad de esa Euforia: era el centro de su existencia.

Sentado en la banqueta, de espaldas a su víctima, se tomó un momento para recuperar el control de las emociones. Cuando estuvo listo, giró hacia el cuerpo de la mujer para comenzar con la limpieza y prepararlo para el transporte del día siguiente. Una vez que terminó todo, cerró con llave y subió al vehículo. El trayecto hasta su casa no logró aplacar los efectos residuales de La Euforia. Al estacionar frente a la entrada, vio que la casa estaba a oscuras, lo que le produjo alivio. Seguía temblando, y no hubiera podido desarrollar una conversación normal. Una vez dentro, dejó la ropa en la lavadora, se dio una rápida ducha y se acostó.

Ella se movió al sentir que él se cubría con la sábana.

—¿Qué hora es? —preguntó con los ojos cerrados y la cabeza hundida contra la almohada.

—Tarde. —La besó en la mejilla—. Sigue durmiendo.

Ella deslizó una pierna por encima del cuerpo de él y un brazo por sobre su pecho. Él permaneció de espaldas, contemplando el techo. Por lo general, cuando volvía a su casa, le tomaba horas tranquilizarse. Cerró los ojos y trató de controlar la adrenalina que le corría por las venas. Revivió las últimas horas en su mente. Nunca lograba recordar todo con claridad enseguida. En las semanas siguientes, los detalles irían volviendo a él. Pero hoy, detrás de los párpados cerrados, sus ojos se movían de un lado a otro agitados por los fogonazos que le enviaba el centro de la memoria. El rostro de su víctima. El terror en sus ojos. El lazo ajustado alrededor de su cuello.

Las imágenes y los sonidos se le arremolinaron en la mente; se dejó llevar por la fantasía y sintió que ella se despertaba, se

movía y se le acercaba. Con La Euforia zumbándole en las venas y las endorfinas corriéndole por los vasos sanguíneos dilatados y atronando en sus oídos, permitió que ella le besara el cuello, luego el hombro. Dejó que le deslizara la mano por la cintura de los pantalones cortos. Presa de excitación, rodó sobre ella. Mantuvo los ojos cerrados y bloqueó de sus oídos los suaves gemidos de su esposa.

Pensó en su lugar de trabajo. En la oscuridad. En cómo podía ser él mismo cuando estaba allí. Se acomodó en un ritmo sexual cómodo y se concentró en la mujer a la que había llevado allí más temprano esa noche. La que había levantado como un fantasma frente a él.

EL DULCE PERFUME DE LAS ROSAS

LA MUJER INCLINÓ EL CUERPO, colocó las tijeras contra la base del tallo de la rosa y lo cortó. Repitió el proceso hasta tener seis rosas de tallo largo en la mano. Subió los escalones hasta la galería trasera, dejó las rosas sobre la mesa y se sentó en la mecedora a mirar el campo. Vio que la niña se acercaba y subía hacia ella.

Tenía una voz aguda e inocente, como todos los niños.

—¿Por qué siempre cortas rosas del jardín? —preguntó la niña.

—Porque son hermosas. Y si las dejas en la planta trepadora, con el tiempo se marchitan y se secan. Si las corto, puedo darles un mejor uso.

—¿Quieres que las ate? —preguntó la niña.

Tenía diez años y era lo más dulce que le había sucedido en la vida. Extrajo del delantal un alambre fino recubierto de plástico, se lo dio y observó cómo tomaba cuidadosamente las rosas. Evitando las espinas, la niña envolvió los tallos y retorció el alambre hasta tener un ramillete apretado.

—¿Qué haces con las flores? —quiso saber la niña.

La mujer tomó el ramo perfecto de manos de ella.

—Ve adentro y aséate para la cena.

—Te veo recogerlas todos los días y luego las ato. Pero después no las vuelvo a ver.

La mujer sonrió.

—Tenemos trabajo para después de cenar. Esta noche te

permitiré pintar, si piensas que tu pulso será suficientemente firme. —La mujer esperaba que el señuelo sirviera para cambiar el rumbo de la conversación.

La niña sonrió.

—¿Me dejarás pintar a mí sola?

—Sí. Ya es hora de que aprendas.

—¡Lo haré bien, te lo prometo! —le aseguró antes de entrar corriendo en la casa.

La mujer aguardó un instante, hasta que oyó tintinear los platos cuando la niña tendió la mesa. Entonces se puso de pie, ordenó prolijamente el ramillete de rosas, bajó los escalones y cruzó la pradera detrás de la casa. El sol se ponía y los abedules arrojaban sombras que se cruzaban en su camino.

Mientras caminaba, se llevó las flores a la nariz e inhaló el dulce perfume de las rosas.

PARTE I
EL LADRÓN

CAPÍTULO 1

Chicago, 30 de septiembre de 2019

LOS DOLORES EN EL PECHO habían comenzado el año anterior. En ningún momento hubo dudas sobre el origen: los provocaba el estrés, y los médicos le aseguraron que no le causarían la muerte. Pero el episodio de esta noche era particularmente angustiante; se había despertado bañado en sudor nocturno. Cuanto más se esforzaba por inhalar, más se sofocaba. Se sentó en la cama y luchó contra la sensación de ahogo. Por experiencia, sabía que el episodio pasaría. Buscó el envase de aspirinas que tenía en la gaveta de la mesa de noche y se colocó una debajo de la lengua, junto con una tableta de nitroglicerina. Diez minutos más tarde, los músculos del tórax se le relajaron y los pulmones pudieron expandirse.

No era casualidad que este último episodio de angina de pecho coincidiera con la llegada de la carta de la junta de libertad condicional que estaba sobre la mesa de noche. Había leído la carta antes de dormirse. Junto a la misiva, había una citación del juez para una reunión. Se levantó de la cama, tomó el documento y, con la camiseta empapada de sudor frío pegada contra la piel, bajó la escalera y se dirigió a su despacho. Giró la cerradura con combinación de la caja fuerte

que estaba debajo del escritorio y abrió la puerta. Dentro había un montón de cartas antiguas de la junta de libertad condicional, a la que agregó la nueva.

La primera carta le había llegado hacía una década. Dos veces al año, la junta se reunía con su cliente, le denegaba la libertad y explicaba su decisión en un ensayo cuidadosamente redactado, a prueba de apelaciones y reclamos. Pero el año pasado había llegado un documento diferente. Era una carta larga del presidente de la junta, que describía en gran detalle lo impactados que estaban por el progreso de su cliente a lo largo de los años y por cómo su cliente era la definición misma de la palabra “rehabilitación”. Los dolores de pecho comenzaron después de leer la oración final de la carta, donde la junta manifestaba entusiasmo por la próxima reunión y daba a entender que a su cliente le aguardaban buenas noticias.

Esta última misiva marcaba para él la llegada de un tren pesado y lento, cargado con dolor y sufrimiento, secretos y mentiras. Ese tren siempre había sido un punto en el horizonte que nunca avanzaba. Pero ahora se agrandaba día a día y no había forma de detener su avance, a pesar de sus muchos intentos. Sentado detrás del escritorio, contempló el estante del medio de la caja fuerte. Había una carpeta llena con páginas de investigación: una exploración en la que, en momentos de angustia y dolor como los de esta noche, deseaba no haberse embarcado nunca. Sin embargo, las ramificaciones de sus descubrimientos eran tan profundas y le habían cambiado la vida de tal forma, que si no hubiese encarado esa investigación, hoy se sentiría vacío. Y la idea de que sus propias mentiras y engaños pronto podrían emerger de las sombras bajo las que habían estado escondidas durante años era suficiente para estrujarle —literalmente— el corazón.

Se secó el sudor de la frente y se concentró en llenar los pulmones de aire. Su peor temor era que su cliente quedara en libertad para continuar la búsqueda. La investigación, que

no había dado resultados, se reactivaría una vez que su cliente saliera de prisión. Eso no podía suceder: tenía que hacer todo lo que estaba en su poder para impedirlo.

Solo en el despacho, sintió un nuevo escalofrío y la camiseta empapada se le pegó a los hombros. Cerró la caja fuerte y giró el dial. El dolor de pecho volvió, sintió que le oprimía los pulmones, y se echó hacia atrás en la silla para luchar contra el pánico provocado por la sensación de ahogo. Ya pasaría. Siempre pasaba.

CAPÍTULO 2

Chicago, 1 de octubre de 2019

RORY MOORE SE COLOCÓ LOS lentes de contacto, revoleó los ojos y parpadeó para enfocar la vista. Detestaba la visión que le brindaban las gafas comunes, gruesas como fondos de botella: un mundo curvo y distorsionado. Los lentes de contacto le daban una afilada claridad, pero no la sensación de protección que experimentaba detrás del grueso marco, por lo que había optado por un término medio. Cuando sintió que los lentes de contacto se le habían acomodado en los ojos, se colocó un par de gafas sin aumento y se ocultó detrás del plástico como un guerrero tras un escudo. Para Rory, cada día era una batalla.

Habían quedado en encontrarse en la biblioteca Harold Washington sobre la calle State; media hora después de enfundarse en su armadura protectora —gafas, gorro de lana bien calzado, abrigo abotonado hasta la barbilla con el cuello levantado—, Rory descendió del coche y entró en la biblioteca. Las reuniones iniciales con clientes siempre se llevaban a cabo en sitios públicos. Desde luego, la mayoría de los coleccionistas tenía inconvenientes con este arreglo porque les significaba sacar sus preciados trofeos a la luz. Pero si buscaban

**HAY QUIENES ELIGEN
LA OSCURIDAD**

Charlie Donlea

Traducción: Constanza Fantin Bellocq

MÖTUS

a Rory Moore y su talento para la restauración, tenían que seguir sus reglas.

La reunión de hoy requería más atención de lo normal, ya que era un favor que le hacía al detective Ron Davidson, que no solo era un buen amigo, sino también su jefe. Como este era un trabajo adicional que hacía, o como a muchos les gustaba decir (para fastidio de ella) un “pasatiempo”, de algún modo la hacía sentirse honrada que Davidson se lo hubiera pedido. No todos comprendían la personalidad complicada de Rory Moore, pero con el paso de los años, Ron Davidson había penetrado la armadura y se había ganado su admiración. Si él le pedía un favor, Rory no lo pensaba dos veces.

Al atravesar las puertas de entrada, reconoció de inmediato la muñeca Kestner de porcelana que estaba dentro de una caja alargada en brazos del hombre que aguardaba en el vestíbulo. En un abrir y cerrar de ojos, la mente de Rory evaluó al caballero con la velocidad de un rayo: cincuenta y tantos años, rico, profesional (empresario, médico o abogado), bien afeitado, zapatos lustrados, chaqueta deportiva sin corbata. Descartó la opción de médico o abogado. Era un empresario pequeño. Seguros, o algo similar.

Respiró hondo, se acomodó las gafas sobre el rostro y se le acercó.

—¿Señor Byrd?

—Sí —respondió el hombre—. ¿Rory?

Desde su estatura de más de un metro ochenta, contempló el metro cincuenta y ocho de Rory, aguardando una confirmación. Ella no se la dio.

—Veamos qué es lo que tiene —dijo señalando la caja con la muñeca de porcelana antes de dirigirse al sector central de la biblioteca.

El señor Byrd la siguió hasta una mesa en un rincón. Había poca gente en la biblioteca a esa hora de la tarde. Rory palmeó la mesa y el señor Byrd apoyó la caja sobre la superficie.

—¿Cuál es el problema? —quiso saber Rory.

—Esta muñeca es de mi hija. Fue un regalo cuando cumplió cinco años y siempre estuvo impecable.

Rory se inclinó sobre la mesa para poder ver mejor la muñeca a través del plástico transparente de la parte superior de la caja. La cara de porcelana estaba rajada en el medio; la rajadura comenzaba a la altura del cabello, cruzaba el ojo izquierdo y bajaba por la mejilla.

—Se me cayó —se lamentó el señor Byrd—. No puedo creer que se me haya roto.

Rory asintió.

—¿Me permite verla?

Él empujó la caja hacia ella. Rory levantó la tapa. Inspeccionó la muñeca dañada como un cirujano examina al paciente anestesiado que tiene sobre la mesa del quirófano.

—¿Se rajó o se rompió? —preguntó.

El señor Byrd buscó en el bolsillo y extrajo una bolsita plástica que contenía pequeños trozos de porcelana. Rory notó que tragaba con esfuerzo para controlar sus emociones.

—Aquí está todo lo que encontré. El suelo era de madera, así que creo que recuperé todos los trocitos.

Rory tomó la bolsa y analizó las esquirlas. Volvió a la muñeca y pasó los dedos suavemente sobre la porcelana fracturada. La rajadura era pareja y sencilla de unir. La restauración de la mejilla y la frente podía quedar impecable. No así el hueco del ojo. Restaurarlo requeriría de todo su talento y era probable que necesitara ayuda de la única persona que era mejor que ella en restauración de muñecas. La parte quebrada seguramente estaría en la parte trasera de la cabeza. Esa reparación también sería difícil debido al cabello y el tamaño diminuto de las esquirlas que estaban en la bolsita plástica. Decidió no extraer la muñeca de la caja hasta estar en su taller, por temor a que se desprendieran más trozos de porcelana de la parte quebrada.

Asintió lentamente, con la mirada fija en la muñeca.

—La puedo reparar.

—¡Qué maravilla! —exclamó el señor Byrd, aliviado.

—Dos semanas. Un mes, quizá.

—El tiempo que necesite.

—Le informaré el costo una vez que empiece el trabajo.

—No me importa lo que cueste si la puede reparar.

Rory volvió a asentir. Colocó la bolsita plástica dentro de la caja, cerró la tapa y volvió a poner la traba.

—Voy a necesitar un teléfono donde ubicarlo —dijo.

El señor Byrd extrajo una tarjeta y se la entregó. Rory le dirigió una mirada antes de guardarla en el bolsillo: GRUPO ASEGURADOR BYRD. WALTER BYRD, PROPIETARIO.

Cuando Rory se disponía a levantar la caja para irse, el señor Byrd apoyó una mano sobre la de ella. Rory nunca había tolerado bien el contacto físico con desconocidos y estuvo a punto de dar un respingo.

—La muñeca pertenecía a mi hija —dijo él en voz baja.

El uso del tiempo pasado llamó la atención de Rory, que levantó la vista de la mano de él hacia sus ojos.

—Falleció el año pasado —reveló el señor Byrd.

Rory se sentó lentamente. Una respuesta normal podría haber sido *Lo siento mucho. O, Ahora comprendo por qué la muñeca significa tanto para usted*. Pero Rory Moore era cualquier cosa menos normal.

—¿Qué sucedió? —preguntó.

—La asesinaron —respondió el señor Byrd, retirando la mano y sentándose frente a ella—. Creen que fue estrangulada. Dejaron su cuerpo en Grant Park en enero pasado y cuando la encontraron estaba casi congelada.

Rory contempló la muñeca Kestner recostada en la caja, con el ojo derecho cerrado pacíficamente y el izquierdo abierto, con una profunda fisura en la órbita. Comprendió de pronto por qué estaba allí y por qué el detective Davidson

había insistido tanto en que aceptara esta reunión. Era un anzuelo al que sabía que Rory no podría resistirse.

—¿Nunca encontraron al asesino? —preguntó.

El señor Byrd negó con la cabeza y bajó la mirada hacia la muñeca.

—Nunca tuvieron ni una pista para seguir. Los detectives ya no me devuelven los llamados. En cierto modo, abandonaron el caso.

La presencia de Rory en la biblioteca demostraba lo erróneo del razonamiento del señor Byrd, ya que Ron Davidson había sido el que la había convencido para que viniera.

El señor Byrd la miró.

—Mire, esto no es algo armado. El otro día tomé la muñeca de Camille porque extrañaba tremendamente a mi hija y sentí la necesidad de sujetar algo que me hiciera recordarla. Se me cayó y se rompió. No me atreví a contárselo a mi esposa porque me siento culpable y sé que a ella la deprimiría mucho. Esta muñeca fue la preferida de mi hija durante toda su infancia. Así que, por favor, créame que quiero que la restaure. Pero el detective Davidson me habló de lo reconocida que es usted en esta ciudad y en otras por su trabajo de reconstrucción forense. Estoy dispuesto a pagarle lo que sea necesario para que reconstruya el crimen y encuentre al asesino que le quitó la vida a mi hija.

La mirada del señor Byrd penetró la armadura protectora de Rory, lo que fue demasiado para ella. Se puso de pie, tomó la caja de la muñeca y se la colocó debajo del brazo.

—La muñeca me tomará un mes. Lo de su hija, mucho más tiempo. Haré unas llamadas y luego me pondré en contacto con usted.

Abandonó la biblioteca y salió a la tarde otoñal. En cuanto el padre de Camille Byrd utilizó el pasado para describir a su hija, Rory sintió ese cosquilleo tenue en la mente. Ese imperceptible pero siempre presente susurro en los oídos. Un

murmullo que su jefe sabía perfectamente bien que no podría pasar por alto.

—Eres un verdadero hijo de puta, Ron —murmuró en la calle. Se había tomado un descanso de su trabajo como reconstructora forense, unas vacaciones programadas que se obligaba a tomarse de vez en cuando para evitar el agotamiento y la depresión. Esta última licencia había sido más larga que las demás y comenzaba a fastidiar a su jefe.

Mientras caminaba por la calle State en dirección al coche, con la muñeca rota de Camille Byrd bajo el brazo, comprendió que se le habían terminado las vacaciones.